

Si leemos el Evangelio del día de hoy en contexto, puede sorprendernos. No recibimos la sorpresa porque la selección de hoy ha sido sacada fuera de su contexto para enfocar en el calendario de la Iglesia más bien que en su secuencia narrativa. Leemos esta selección, las tentaciones de Jesús, el primero domingo de la Pascua para estar consciente de las tentaciones de Jesús y de nuestras propias tentaciones, pero no oímos la narrativa, que es maravillosa y cuidadosamente construida.

El Evangelio según San Marcos empieza con el predicando de Juan Bautista y del bautismo de Nuestro Señor. Ustedes recuerdan que, cuando Jesús «[salía] del agua, . . . el Espíritu [Santo] bajaba sobre él como lo hace la paloma». Y él escuchó «estas palabras del Cielo: <Tú eres mi Hijo, el Amado, mi Elegido.>»

Inmediatamente después de este momento sublime, escuchamos unas palabras muy diferentes: «En aquel tiempo, el Espíritu Santo impulsó a Jesús a retirarse al desierto, donde permaneció cuarenta días y fue tentado por Satanás. Vivió allí entre animales salvajes . . . ». ¿Cómo podemos entender tal contraste tan dramático?

Pensamos en el Espíritu Santo como nuestro consuelo, nuestro consejero, la misma presencia de Dios, que nos sostiene y nos apoya. Rezamos, «Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor». Rezamos, «. . . no nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal.»

Pero, aquí, inmediatamente después de la bajada del Espíritu sobre Jesús y de las palabras íntimas y de elogio del Padre, el Espíritu «impulsó» a Jesús a un desierto, montañoso y peligroso, por cuarenta días «entre animales salvajes», a ser tentado por Satanás mismo.

Piénsenlo. El Espíritu Santo desciende con bendiciones y ese mismo Espíritu Santo fuerza a Jesús a ir a un lugar estéril y peligroso sin alimento, y permite que él sea puesto a prueba— que sea tentado.

No Creo que ninguno de nosotros quiere pensar en el Espíritu Santo de esta manera. Queremos uno que nos dé el consuelo; queremos la presencia de Dios que nos da fuerza. No queremos las pruebas o las experiencias en el desierto. Pero debemos saber que una experiencia en el desierto es también parte del plan de Dios para nuestras vidas

como son esos momentos llenos de bendiciones en los cuales hemos sentido el ánimo y el consuelo de la presencia de Dios.

Mis padres no tuvieron el dinero para pagar mi educación universitaria. Yo trabajaba para pagar los gastos, y aunque nunca me quedé sin comer, había ocasiones cuando no sabía de donde iba a venir mi siguiente comida. Cuando yo escribía mi tesis, me encontraba entre dos profesores en mi comité que no estaban de acuerdo y que no simpatizaban el uno con el otro. Yo tuve que cambiar mi proyecto de investigación a algo que, en ese momento, parecía menos satisfactorio porque pensaba que yo no podría trabajar en medio de la tensión creada por esos profesores. Para ser honesto, yo no le di a Dios las gracias por esos tiempos difíciles. Pero también debo decirles a ustedes que ahora le doy a Dios las gracias por ellos, porque esos tiempos difíciles me dieron la fuerza y confianza de que, con la ayuda de Dios, puedo hacer lo que parece imposible. Estas experiencias me permiten estar consciente que algunos tiempos difíciles son bendiciones disfrazadas. Esos tiempos difíciles me hicieron decidir hacer todo que puedo hacer para responder a la gente en su necesidad. Esos tiempos difíciles me hicieron decidir nunca poner a nadie, por voluntad propia y con conocimiento, en una situación difícil. Lo que no nos quiebra nos da flexibilidad y fuerza.

Quisiera terminar esta homilía con el resto de la lectura del Evangelio: Después de que Jesús sufrió este período de prueba y privación, el Evangelio dice: « . . . los ángeles le servían.» Y entonces escuchamos, «Jesús se fue a Galilea para predicar el Evangelio de Dios y decía: «Se ha cumplido el tiempo y el Reino de Dios ya está cerca. Arrepiéntanse y crean en el Evangelio»».

El desierto—el tiempo en el cual luchamos y nos sentimos solos, experimentando dificultades—puede ser una oportunidad. Es entonces que nos prueban. Es en tales experiencias, como muchos de ustedes saben mucho mejor que yo, que crecemos en madurez para que podamos enfrentarnos al mundo en los buenos y en los malos tiempos y para que podamos ser lo que Dios quiere que seamos y hacer lo que Dios quiere que cada uno de nosotros haga como individuo. Que Dios nos de a cada uno de nosotros el ánimo y la fuerza para prevalecer sobre las pruebas de nuestros tiempos en el desierto.